

## **Fragmentos de *Tanto* de Nurit Kasztelan**

Le va mal el campo; no sabe qué hacer con tanto verde en los ojos. El ojo se asusta con el exceso de horizonte, necesita un límite que la tierra no le da.

El silencio es tal que empieza a distinguir la sutileza del viento, de los árboles cuando los roza el aire. Y de los ruidos de la casa. Hay ciertos sonidos que son perfectos. El ronroneo de la heladera; el tac tac del cuchillo picando cebolla; el chapoteo continuo del agua de la canilla; el burbujear del tuco cuando rompe el hervor.

Confunde los cantos distintos del benteveo. La primera noche el gallo cantó anunciando el amanecer y ella, expectante, se vistió rápido; pero cuando fue a mirar la hora recién eran las cuatro de la mañana.

A veces cree que la falta de compañía la está transformando en una persona distinta, como si los objetos le hablaran y ella intentara descifrarlos. Se marea. Necesita voces, un bar cerca. Pero el pueblo está a cinco kilómetros y su auto está roto, algo de la bujía, señaló el mecánico; y ella se limitó a asentir y a resignarse a una posible vida de siembra.

\*\*\*

Los primeros días se dedica a limpiar. Torpemente coloca los estantes que trajo y amontona los libros. La rutina la ordena: barre, cocina, baldea, ventila, riega; una catarata de acciones mínimas que la hacen sentir útil y calma. Organiza de forma compulsiva la despensa, incluso se imagina recibiendo gente, poniendo flores silvestres para posibles invitados.

El gato vino con la casa. Las pulgas también. Las ronchas aparecieron de a dos. Se acostumbró al picor, entre otras cosas. Desinfectó, lavó las sábanas, las toallas, las almohadas y finalmente las pulgas se fueron.

El gato está en lo suyo. Va y viene a su antojo. Tal vez ahora pueda sostener eso, no asfixiarse con la demanda, con la rutina.

Llegó y faltaba poco para el verano. Estaba todo de un verde intenso. Le gustaría distinguir si el viento viene del este o del oeste, y cuál les hace peor a las plantas, cuál va a traer sequía. Su percepción del tiempo se diluye; deja de llevar la cuenta de los días que hace que está en la casa.

Sigue teniendo esa necesidad de aprender las cosas; podría hablar horas del comportamiento de las hormigas. Estaba acostumbrada a aprender leyendo y ahora quiere probar qué pasa si aprende por observación.

\*\*\*

A medida que el paisaje se iba modificando desde la ventanilla algo de su temperamento se tranquilizaba.

Había poco tránsito; no tardó en llegar. Para venir no dio muchas vueltas. La edad le fue dando confianza en su impulsividad, en ese arriesgarse que hace y no cuestiona. Además, había llegado al límite. Necesitaba irse y dejar de ocuparse de ciertas cosas por un tiempo. Necesitaba respirar.

La casa es pequeña, habitable, con ventanales amplios de vidrio opaco. Rústica. De los techos de ladrillo a la vista cae polvillo constante. Abunda la madera. El ancho alero es lo que más sobresale de la casa, que no será un hogar sino el lugar donde duerme.

Desde el umbral de la puerta comienza el campo. El allá lejos donde crecen los cardos gigantes.

\*\*\*

Cómo cuesta.

Un espacio sin límite, abierto, sin bordes fijos. Tierra de matorrales y arbustos enanos. Lo monótono trae tristeza y deja en primer plano la bruma. La vegetación es seca, áspera, leñosa. Matas de pasto verde y grueso; un mar sin ruido y movimiento en una tensa calma.

La mitad de lo que ve se sostiene en su propia forma de ocultarse. La luz altera el color de los pastizales, la bruma confunde. No sabe si hay un límite en el horizonte o si es todo verdor. El aire huele a madera humedecida, está viciado; el viento lo acompaña en una vibración lenta; casi imperceptible. La luz se vuelve espesa, materia, como si el sol se hubiese puesto blanco de pensativo. No logra distinguir si el paisaje provoca melancolía o si la blancura da indicios de una futura claridad.

El campo se despliega ante los ojos de un modo recto. La sombra cubre primero el pasto espeso y luego va moviéndose hacia el este. Los colores resplandecen como un mosaico

abandonado. El pastizal es esponjoso; lo que marca la perspectiva es la línea difusa que aparece luego de un amontonamiento de nubes, de un suelo que se enfrió el día anterior.

El aire parece luz, la luz parece agua.

\*\*\*

Es luna menguante y por eso decide sembrar. Leyó que así las zanahorias serán más ricas porque la mayor parte de la savia estará concentrada en la raíz; y últimamente ella se entrega a cualquier superstición. Elige una parte de la tierra que está bastante ácida, que tiene el fosfato y el potasio suficientes.

Primero pasa la azada por la tierra, la prepara para recibir. Mientras lo hace, repite en su cabeza las canciones de la infancia, las letras se le diluyen como un mantra liviano que la induce al sueño, “en un librito de yuyo”, “jardines de madreSelva”, “si la mar fuera de leche”. Se acuerda de un casete rojo, que en la tapa tenía el nombre de la cantante Dina Rot Cosas. Recién de adulta se dio cuenta de que *Cosas* no era parte del apellido, sino el nombre del disco.

Labra la tierra en silencio. Aprendió en ese librito viejo que compró en saldo a distinguir tres tipos de suelos: arcilloso, arenoso y harinoso. Es importante saberlo para poder asegurarse que ofrezca un anclaje sólido. Agarra tierra y forma una bola con la mano, se deshace fácilmente y eso indica que va a poder drenarse.

En el primer contacto con el agua, su padre le metió la cabeza en el lago helado y la hizo quedarse sumergida un par de segundos. No la sorprendió lo acuoso sino las piedras y los líquenes del fondo. La vez que se resbaló del caballo, tuvo tanta suerte que ni siquiera se dañó la espalda; solo perdió un zapato en el camino, un mocasín marrón de Kickers.

Suelta la azada, todavía no se acostumbra a su peso. Ve que por todas partes crecen yuyos, ortigas, diente de león, borrajas, cortaderas. Algunas tienen raicillas pero otras, raíces tan profundas bajo tierra que para sacarlas tiene que escarbar. Escarba con ira, como si sacarlas de su tierra fuera más que la mera acción de arrancarlas. Adiós maleza.

Con el rastrillo traza surcos de poca profundidad dejando varios centímetros entre surco y surco; confía en que define el espacio necesario entre cada uno. ¿Por qué siempre deja todo en manos de otros? Desear tanto la lastima, se pone intensa y absorbente, se disuelve demasiado rápido, casi como una geisha involuntaria.

Es temprano y todavía tolera estar a pleno sol, sin sombra. Por suerte a esta hora los mosquitos tampoco abundan.

Sus padres le pusieron Helena. Como los helechos, necesita de abundante agua para sobrevivir. Necesitar es un síntoma de debilidad, o es justamente lo opuesto, se pregunta ahora que el vacío del campo le da tiempo de llenar su cabeza de preguntas. Fue a vaciarse, pero no sabe bien de qué.

\*\*\*

No saber, a diferencia de otras veces, la tranquiliza.

La tierra está lista. El clima que va a acompañar el proceso, también. Las semillas, para germinar, necesitan al menos cinco grados durante todo el período, ningún sobresalto, ninguna helada.

Demasiadas reglas, piensa. Mira maravillada cómo las semillas penetran con facilidad en la tierra. Están húmedas y eso favorece; las había puesto en agua para que se ablandaran. Calcula que queden más o menos quince centímetros entre una y otra. En la parte de atrás del sobre decía que lo mejor era esparcirlas al voleo, pero ella todavía no confía en el azar. Esa entrega es algo que va a venir después.

Delimita el terreno con unos cordeles. De lejos ve una sombra que la observa trabajar, como si se burlara o no entendiera qué está haciendo con esas sogas en la mano. Escucha también el ruido de un tractor que se aleja.

\*\*\*

Adelantó poco ese día, hizo mucho calor. El tiempo parece estirarse, ir más lento, como si tuviera grietas. Afuera todo se revela, el cielo se extiende como un manto sobre el verde opaco. El paisaje la contiene, el recorte de lo que se ve tranquiliza. El aire tiene sabor a membrillo.

\*\*\*

Abre la caja por primera vez recién después de dos semanas. De las pocas cosas que trajo, una son las fotos. Pedazos de su vida pasada, indicios de cómo llegó a ser la que es ahora.

También trajo una almohada. En la ciudad pudo curarse del insomnio con una almohada rellena de hojas de té verde y paja molida. Lo había leído en un libro que hablaba sobre el cuerpo en la cultura japonesa y quiso probar si le funcionaba, aunque fuera como placebo.

Se detiene en una foto con su mejor amiga de la infancia. Están con guardapolvo y sostienen un oso de peluche; miran a lados distintos, como una separación anunciada. De los treinta años de amistad, quince no se hablaron. En el jardín de infantes y la primaria estaban pegadas como chicle, pero después cada una pasó por un período oscuro y no supieron acompañarse. Cree que su amiga era de los góticos o los punks, estaba híper flaca, casi anoréxica, súper maquillada, siempre de negro y tal vez saturada de pensamientos suicidas. Ella, por el contrario, nunca pudo pertenecer a ninguna tribu, ni tampoco se vistió de alguna forma en especial.

No se cruzaron por mucho tiempo hasta que se reencontraron de casualidad en una clase en la facultad. Estaban tan cambiadas que casi no se reconocieron. Estudiaban hasta la madrugada. Se potenciaban al pensar, como si sus cabezas se complementaran. Hablaban a toda velocidad y no terminaban las frases. Se acuerda en particular de un examen final, para el que habían leído y discutido tanto que durante un mes soñó con charlas posibles entre distintos físicos. Curiosamente Newton se les aparecía en los sueños con un enterito de jean.

El día que murió el papá de Inesia se vieron en el bar que quedaba en la misma cuadra donde nacieron. Mientras su amiga acompañaba al padre en sus últimos días, ella se limitó a ser una espectadora pasiva; le hacía compañía mientras Inesia se pasaba la mayor parte del tiempo hablando por teléfono con su familia o haciendo trámites. Una vez leyeron juntas ese cuento que dice que la amistad es cuando traspasás un umbral y podés compartir el mismo espacio en silencio.

\*\*\*

El tiempo de hoy es el mismo que el de ayer y que el de la semana pasada, como si fuera un tiempo usado. Hace tanto que no habla con nadie; tal vez si lo hiciera sería un hablar lento y pausado como la pampa.

\*\*\*

Ese día el aire está particularmente enrarecido. Se entrega al esfuerzo físico y lleva su cuerpo al límite; el suelo parece más seco que de costumbre. Cuando se percibe a la naturaleza como una red, su vulnerabilidad y fuerza saltan a la vista. Todo se sostiene junto.

Otra vez mala hierba que afecta su cultivo. Las arranca con la mano. Después esparce ajos para evitar la plaga de la mosca blanca. Casi una chamana, nada de fertilizantes, sino la propia naturaleza ayudándose a sí misma. Que no haya mosca blanca, pide. Y si hay, que no chupe la savia. Que la sangre blanca que brota se mantenga intacta, continúe su linaje.

Entona unos versos de la canción de María Sabina, mueve los brazos como acariciando el aire:

*Soy una mujer sin sangre*

*El pájaro me roba la sangre*

*El libro abierto me roba la sangre*

*El agua me roba la sangre*

*El aire me roba la sangre*

*La flor me roba la sangre.*

\*\*\*

Hay algo paradójico en lo que ella ve: en el aparente orden de esa tensa calma el caos es lo que sobresale. La naturaleza tiene un modo de ser caprichoso, solo a veces se revela en su esplendor. Eso agrietado y profundo donde zambullirse.

Mira por la ventana. No escucha la lluvia en el agua que cae sino en cómo golpea sobre el techo de la casa. Tal vez sea en las hojas donde se encuentre con más claridad el lenguaje de la lluvia. Las gotas que se ven sobre el verde tienen distintos tamaños, y ella empezó a percibir que podrían indicar la duración, si es llovizna breve, o si es de esas tormentas de horas de agua seguida. A veces, si la hoja de la planta es muy grande, como en los plátanos, se puede refractar la imagen del campo invertida.

Las gotas caen sobre el verde, limpian y hacen que todo brille. El reflejo las vuelve plateadas. Mira llover y en el mismo momento las lágrimas le caen por la cara, como si necesitasen del afuera para expresarse. Toca una hoja y siente la densidad acuática de la textura.

De nuevo mira a través de la ventana. El sol que empieza a salir no deja un color sino una sugerencia. No logra distinguir si lo repetitivo del paisaje da tristeza o si es ella la que está

triste, lo más raro es el silencio profundo en el que está todo. La niebla, y no solo la luz, cambia el color de las plantas.

El viento cruje. Es el momento casi. Las cosas no se vuelan todavía, pero de un momento a otro todo podría desbandarse. La hostilidad del paisaje y la suya se parecen; está en su naturaleza exagerar, creer que la lluvia es un mensaje. En este momento su felicidad se parece a la de los castores, espera el agua como si el suelo que pisa fuera un dique. El frío airea las neuronas, las despeja. Está dispuesta a todo aquello que pueda venir del cielo.

\*\*\*

Contempla el paisaje. Cada mancha de luz. Ese día no hay viento ni nubes; es ella la que está intranquila y hasta las cosas inanimadas lo perciben. Cada tanto siente oleadas de ira.

El día desborda quietud. Se descalza y apoya los pies sobre el pasto; hace poco adquirió la necesidad de apoyar los pies sobre las cosas, de sentir las, como si fueran puntos de referencia.

Piensa en los recuerdos como capas que se le acumulan encima. Incluso antes de que su madre envejeciera, ya parecía haberlo hecho prematuramente, como si hubiera elegido adoptar a propósito cierta noción estereotipada de la ancianidad. Una persona que solo sabe hablar del clima, de lo que vio en la televisión y que la única relación que puede mantener con la cocina es prender la hornalla para hacer un té. Una especie de manual de conversación con comentarios de jubilada. Como si eso la salvara. Incluso antes de volverse vieja de verdad, ya sin remedio, había empezado también a volverse una niña caprichosa.

Ve unos hongos en el pasto que crecieron después de la lluvia de los últimos días. Se maravilla con la belleza que puede generar un tipo de vida que crece de desechos y adquiere una suerte de esperanza; esa clase de esperanza que surge cuando se ve algo común y corriente desde otra perspectiva. Es su forma de lidiar con las cosas, de llevarlas a un territorio manejable.

Falta poco para la hora de los pájaros, el momento en que aparecen todos juntos e inundan su cabeza con un canto que todavía no puede identificar. Ese momento, esa hora en particular, es cuando más se entrega al paisaje y se siente cerca de todo lo que la rodea.

Las cosas siguen siendo incomprensibles y al mismo tiempo un hecho objetivo. Su madre está desapareciendo y ella no puede hacer nada para evitarlo. Piensa en los animales y en cómo para ellos una tiene la opción de elegir un sufrimiento rápido que evite el desgaste.

El desgaste es propio; en ese momento era lo más propio que tenía. Nunca había estado rodeada de tanta oscuridad. La música de los pájaros la adormece. Ya casi puede distinguirlos. La tierra a su lado estalla de brotes nuevos y reverdece.

\*\*\*

Vive ebria de paisaje. Del cielo y de los pájaros. Ya no busca con qué llenar los minutos. No es solo no arreglarse las uñas o el pelo, es algo más, una especie de tendencia hacia la blandura, un abandonarse en la blandura y enterrar lo que flota suelto en la memoria. A conservar lo roto. Volverse alguien áspera y sola, pero también blanda, lista para evadirse y salir de los límites, de cualquier límite.

Sabía que cuanto mayor certeza se busca en determinar la posición de una partícula, menos se conoce sobre ella. Y ese principio de incertidumbre, que alguna vez usó para su trabajo, lo encarna ahora.

Algo está pasando en las nubes a su favor y el hilo de los pensamientos se le desordena cada vez más.

\*\*\*

En la distancia, los árboles tienen una tonalidad opaca. La tierra, sin flores en esa época del año, se muestra absolutamente plana. De costado, sin embargo, los matorrales de cardos deslumbran en altura. El saber anticipado de la tierra de que pronto vendrá aún más frío, el sol brillando los últimos instantes para rápido desaparecer. Los únicos que se toman la estación con más calma son los pájaros.

Los árboles de pronto que se quedan con la fuerza de la casa, que la invaden con su verde, que terminan por quedarse con la casa toda, inmóviles.

Hay una semilla de la memoria, recuerdos que están dormidos pero que de la nada pueden aparecer. ¿Esperar con pánico los días, los meses, para que la tierra fértil haga su trabajo y el recuerdo prospere, aparezca?

Hay algo en sus gestos que hace que siempre la confundan con su madre. Como si no la reconocieran.

La noche se hace más intensa.



Concilia los recuerdos con el momento del sueño, el silencio del sueño. Poner los recuerdos en obra, que también ellos se pongan a descansar. El silencio que solo puede ofrecer la oscuridad del campo, de casa tomada por los árboles.

Árboles que se van en vicio como si el cielo los necesitara.

La memoria como una lámpara que se apaga.

\*\*\*

La casa huele un poco a humedad. Tiene que ventilar más seguido. Cada día que pasa se ancla más en esta familiaridad. Según Jung inconscientemente de algún modo venimos a completar la vida de nuestros padres que no fue vivida, no podemos escapar ni abandonar la ruta de nuestros antepasados. Su madre nació en el campo y se escapó de él para ir a la ciudad. Su abuela materna se enfermó en el campo del mal de rastrojos pero fue a morir a un hospital de la ciudad. Ella vino al campo a algo que todavía no sabe.

\*\*\*

Recorre el mismo camino casi todos los días deteniéndose de vez en cuando a observar. Le gusta volver seguido al momento en que hay una bifurcación leve, muy sutil, que lleva al lugar adonde está el roble. Vuelve seguido a esa zona como si se tratara de un oráculo y le diera respuestas, ya que no todos los días es factible que se vea nítidamente la bifurcación: depende de lo alto del pasto, de si el viento mece o no los arbustos y a veces de pura suerte.

Si el paisaje pone de manifiesto alguna certeza, es que la exageración es la verdadera esencia de la creación. Recién a la mitad de su estadía entendió que volver al mismo lugar todos los días es la forma de conocer las sutiles diferencias entre las plantas. A ese lugar iba a arquear los nervios con la ilusión de abandonar el hábito de anticiparse a las cosas.

La luz es verde y amarilla, como el reflejo invertido del sol en las gotas que quedaron en el pasto después de la tormenta.

Los árboles desnudos están quebradizos e inmóviles. Son las raíces las que retienen el agua y siguen sorbiendo con delicadeza, porosa y permeable.

Se descalza para que les pasen cosas a los pies. Para sentir la humedad del pasto y conjeturar de qué memoria antigua proviene la ubicación de las hojas en el piso. En la ciudad

los zapatos era algo que miraba, con los ojos fijados a la suela adivinaba el uso, si estaba gastada o no.

\*\*\*

A su vuelta la casa le parece aún más pequeña. Sin querer se topa con un armario lleno de chucherías y adornos. Con la excusa de limpiar el polvo, con curiosidad morbosa los inspecciona. No lo puede evitar. Le gustaría hacer una limpieza de objetos en esa casa que no es suya; que está llena de recuerdos de otro, para que la casa también pueda estar en foja cero. Los japoneses creen que los objetos pueden generar espíritus; que si algo queda abandonado, sin utilizar o viejo, cobra vida.

Rogando que no ocurra en donde está, porque no tiene naftalina ni nada que se le parezca, se acuerda del comienzo de uno de sus libros preferidos: “Era la temporada del desove de las polillas”. Como si la casa misma quisiera que se entendiera que en ella ha ocurrido algo verdaderamente grande.

Aunque no tiene hambre, solo porque se hizo tarde se mete un pedazo de calabaza en la boca. No la mastica, espera que se deshaga, que la lengua, el paladar y la saliva hagan su trabajo. Lleva una derrota encima, hay algo en su cara que no es disgusto, no es tristeza, no es pesadumbre, no es dolor, no es cansancio, y es todas esas cosas juntas. Como si cierta oscuridad se hubiera apoderado de ella.

\*\*\*

Lo que más le costaba era ver la casa de su madre haciéndose pedazos. Como si ambas estuviesen envejeciendo de a poco. Primero fue la pintura descascarada en algunos espacios, después el dormitorio principal se quedó sin luz, y solo se podía ver en penumbras las sombras de las superficies. Era inútil intentar entender porqué nunca llamó a algún electricista para reparar la lamparita, la negación de dejar entrar a un extraño a su casa era algo que excedía a ambas.

Después la vio clausurar el baño grande, el que tenía bañera; le pareció más fácil cerrarlo con llave que arreglarlo. Solo la mitad de la casa estaba disponible, como el cerebro de su madre que funcionaba nada más que algunos días. Lo más sorprendente era lo intacta que

se mantenía la cocina. A pesar de que ya no cocinaba, era el único espacio blanco y reluciente. El polvo desde siempre estuvo vedado.

Una casa es siempre la medida del resto de las cosas, aunque sea una casa transitoria. En este nuevo espacio ella siempre pone flores que arranca de la tierra y coloca en vasos. Como si el mundo pudiera condensarse y desaparecer dentro de las infinitas posibilidades de vida que ella imagina en esta nueva casa.

Con el tiempo entendió cómo aprovechar los días buenos, esos días en que su madre sí se acordaba de lo que había hecho unos minutos antes y no le preguntaba dos veces lo que había hecho cinco minutos atrás. Su paciencia era un órgano limitado; comenzó a resquebrajarse en etapas.

Peor eran los días donde su madre no quería salir de la cama, se quedaba tapada con la sábana hasta los hombros y permanecía horas ahí. El insomnio la tragaba por las noches y de día era una especie de zombi viviente. Cuando tenía que salir a hacer algún trámite, ya sabía antes de ir que no iba a ir. Nunca le alcanzaban las ganas. Siempre las sábanas y el edredón gastado la envolvían como un manto protector y se quedaba adentro.

Hubiera pagado por entrar un rato en esos pensamientos, en esa cabeza. Pero después se arrepentía rápido. Le daba pánico ser igual. La sangre la aterraba. Ella también querría cambiar toda su sangre: hacerse una transfusión y mezclar linajes.

Nunca entendió por qué algunas personas sí se aferran a su sangre. Pensaba que no ver el deterioro iba a suprimirle la culpa, esa palabra tan odiosa y tan gastada, y, sin embargo, tan cierta. Decirla ya le generaba un hachazo en la respiración. Volvía a faltarle el aire, el ahogo que era su forma de no ver las cosas. Deseosos son aquellos que huyen de sus madres, de su gravedad y su pesadez.

Miedo de ser arrastrada en ese pozo y no reconocerlo. Su madre no podía. Había alcanzado ese límite. Quizá había entendido todo al revés. O quizá nunca había entendido nada. Este era un tiempo de descuento. Un tiempo en el que entendió que había nacido vieja.

\*\*\*

Afuera todo es niebla. El inmenso gris de la niebla. Da frío de solo mirarla, por más que esté adentro y resguardada al calor de la estufa. Bruma casi, el campo entero es blanco grisáceo. Nunca pensó que quedarse callada horas y horas iba a desmoronarla. A veces en un día entero solo pronunciaba cinco o seis frases. Vivía como disgregada.

Ya no hablaba casi, solo un silencio pesado. Un silencio amaestrado, como si hubiera podido domesticarlo.

Había un conjunto de palabras que le gustaban por sonoridad. Como la palabra corticoide. O la palabra esquina. Y camuflaje. Pero otras le daban escalofríos. Terror el solo hecho de pronunciarlas.

Es una tarde de mediados de junio, un viento húmedo llega desde lejos y le golpea la cara, como si tuviese una energía espiritual. El aire le hace cosquillas en la nariz como si fuera pimienta.

Saber quedarse quieta como un árbol de años que ejerce la fuerza desde su lugar. La memoria en el aire sabe cosas que ella no. Hay ciertas especies que poseen una memoria geográfica, como las mariposas monarca. En Canadá hay un punto cerca del Lago Superior donde las mariposas que migran viran bruscamente sin razón aparente y resulta que en ese punto exacto hace miles de años había una montaña que salía desde el agua y las mariposas lo recuerdan en el cuerpo aunque nunca la hayan visto ni ellas ni sus generaciones más cercanas.

\*\*\*

Frío, húmedo, ventoso. Abre las ventanas y toda la casa toma aire. La niebla entra en las alacenas, cajoneras, extremidades y oídos. Toda la casa se funde en el sonido del viento; sin embargo, hay una quietud establecida. Como si fuera un falso comienzo. Como si ella hubiese sido incapaz de ceder a la clase de contemplación que es necesaria. Deseosa de algo y todavía desarraigada.

Tampoco tiene que pasar algo extraordinario para que alguien se sienta en su propia existencia. Ese momento donde el cielo todavía no es negro sino que es azul, que dura unos pocos minutos, funciona como un ensoñadero perfecto, ese lugar que en la antigüedad ya funcionaba como retiro personal a expensas de los espacios comunes de la casa.

\*\*\*

Bruma densa que hace que todo se vuelva gris y difuso. Como si hubiera algo en la estructura química del color que invocara la violencia, siente cada vez más rabia que pareciera hacer estallar en pedazos todo lo que constituye el cosmos de una infancia.

Una madre y una hija son siempre un borde. Pero es fácil que por cualquier motivo eso se rompa. La descendencia de la araña del desierto, blanca y afelpada, se come viva a su madre. La tejedora de encaje negro y la araña cangrejo también ofrendan el cuerpo a sus crías. A través de vibraciones en la red, le dan la señal a sus hijas de que están listas para ser devoradas. Cuál es el límite de la devoción, se pregunta. Y cuando fue la primera vez que ella pensó en la posibilidad real de que su madre muriera.

Los días en la ciudad eran así, era muy fácil que todo se desmoronara de un minuto a otro. En esos episodios era cuando más se sentía sola. Unos días antes solía aparecer una rata en su casa, como si anunciara la catástrofe. Pero por más que investigó, nunca entendió que conectaba a las ratas y a su madre. Sonaba el teléfono fijo y el mundo le daba vueltas. Todo giraba alrededor y ella estaba quieta; eran las cosas las que se le venían encima.

¿Cuánta distancia tiene que haber con respecto a los hechos para poder olvidarlos?

Ahora vive una existencia en pausa. Una intensidad contenida por el paisaje dentro de límites razonables.

Ve a una liebre observando el paisaje, degustándolo lento, y cualquier frontera que podía sentir entre ella y la liebre se disuelve.

\*\*\*

El invierno vino de golpe. Con la certeza de que el tiempo en ese lugar se le estaba acortando. Vinieron también los días en los que se sentía un gato, achicharrada frente a la estufa, con poca capacidad de movimiento, ovillada al mismo espacio. Tanto tedio la homologaba a ese lugar que supo ser verde que ahora era gris y le pedía un gesto extremo.

Decide salir desnuda afuera, a ver qué pasa con su cuerpo, hasta dónde lo puede resistir. Deja la ropa en la entrada de la casa, vuelve el rostro hacia adelante y comienza a atravesar el campo.

Quiere sentir lo mismo que sienten los animales. El frío al principio es tolerable, pero después su cuerpo empieza a temblar. Como si quisiera lastimarse, se abre en ella una zona de peligro. Como dejar de habitar su propio clima para lanzarse al primer golpe de quien sabe hacia dónde, una semilla ciega en un verano desconocido. Por fin puede afirmar que es toda una muestra de presente.

No siempre para acceder a ciertos mundos hay que atravesar otros, pero a veces sí. Decide —o sus piernas deciden por ella— seguir. Bajo la luz débil que irradia el sol entre las

nubes hay cierta belleza aturdida. Un sustrato oculto asoma en ella, como si se formara una nueva palabra debajo de la lengua.

El cuerpo aparece de manera rotunda. Parece sorprendida, arrancada de un estado amnésico. Se pregunta qué pasaría si se masturba ahí mismo, si lograría darse algo de calor. Intenta acariciarse con un dedo pero en esa situación tan extrema las piernas empiezan a entumecerse. Tiene los dedos helados al tacto, tanto que se siente la piel de un extraño.

En un intervalo de pocos minutos, segundos apenas, un viento se levanta, cada vez más fuerte, y las fosas nasales empiezan a resquebrajarse. Parece como si la tierra se tambaleara, como si ella además de congelarse estuviera a punto de caerse. Se siente porosa como un hueso viejo, sumida en un olvido de sí misma. Cuanto más rápidos y precisos son los gestos, más ausente está. Contra el sentido común de que moverse le daría más calor, intenta quedarse quieta, lo más inmóvil que su cuerpo lo permita. Inspira hondo y contiene lo más que puede la respiración. Como si el frío extremo la centrara, la apaciguara y finalmente se vaciara.

Está fuera de ella, tanto que comulga con el aire que la rodea. Los músculos distendidos facilitan la gradual disolución de los momentos previos. Pero a los segundos la respiración se agita y un subidón de adrenalina le recorre el cuerpo. No aguanta más, entra a la casa corriendo y se pone una frazada. Abre la bañera para meterse en el agua hirviendo y ve cómo las piernas se ponen rojas con el contraste. Recién después de horas de agua vuelve a su estado habitual.

A veces el coser un botón es suficiente para conquistar la paz que se perdió. Al día siguiente, ponerse esa prenda y ver que el botón volvió a su sitio ayuda a calmar ese desasosiego.

Hay algo fluyendo dentro de ella, un comienzo, o mejor, un reordenamiento de la sintaxis. Una lengua para salirse de la lengua.

\*\*\*

Desde que está a diario frente a la materia su ojo se acostumbró. Ya no la perturba ver metros y metros cuadrados de briznas de hierbas idénticas. Sin embargo, el paisaje que ve ahora no le es familiar.

Tiene suerte. A diferencia de las plantas ella se trasladó y salió de su entorno. Una de las destrezas que adquirió es apropiarse del tiempo. A veces no está segura de haber visto un ombú o de haberlo imaginado. Porque ese territorio donde está es tierra de ombúes. Y debería entonces verlos.

Se abraza a las propiedades curativas de las raíces y del mutismo; empequeñeciéndose hasta lo minúsculo para asemejarse a la inmensidad del campo, y aprehender la manera que tienen los árboles de entenderse. Fantasea con otro jardín, algo más zen, piedras, agua, una cascada o algo que se le parezca y una parcela de arena rastrillada. Falta blanco cuando no hay niebla ni rocío o humedad de luna.

Otro de sus deseos sería traer un Tori rojo e instalarlo, o construirlo ella misma, con sus manos. Se pregunta si ese cambio en el paisaje no modificará algo de la personalidad del vecino, o qué le pasaría a él si lo viera, si acaso entendería algo o pensaría que es una escultura fálica. En un momento intentó plantar un cerezo, de esos ornamentales que no dan frutos sino flores, pero ningún vivero cercano lo vendía y no pudo conseguirlo. Y, además, cuál es el límite de cuanto una puede intervenir en un territorio y modificarlo.

Ahora todo se insinúa en ese paisaje a tal punto que parece haber olvidado hasta su idioma, y cosas como la palabra zorro. Las nueces frescas le ponen áspera la lengua. Halla felicidad en lo estático, en una historia que se cierra sobre sí misma.

Una planta cría sus propios insectos, pero cuanto más prolija es la naturaleza es más peligrosa, porque una puede quedar atrapada.

El campo está tan inquieto como los pájaros. Nada es tan claro como el trance de conocerse demasiado, de anticiparse. Cómo puede alguien decir que va a mirar algo por última vez. Que la cabeza memorice dentro de sí la posición de estos árboles, bajo esta misma luz, que la retina retenga los colores del cielo y que el nervio óptico se rinda a mirar también el paisaje propio, hundir los ojos en él. La voz no se hereda, es el único legado en el mundo que no se repite, parecen decir las canciones de los árboles.